

Homenaje al Libertador en el marco de los actos conmemorativos del trigésimo aniversario de la fundación de la Academia de Mérida.

Palabras a cargo del Dr. Ricardo R. Contreras, Individuo de Número Sillón 22

Casa de los Antiguos Gobernadores, 12 de octubre de 2022

PÓRTICO

Hoy, en fecha tan señalada y en la cual conmemoramos el trigésimo aniversario de la fundación de la Academia de Mérida, me corresponde, a instancias de la Comisión Organizadora, coordinada por el Dr. Eleazar Ontiveros Paolini y de la Junta Directiva, presidida por el Dr. Luis Alfonso Sandia Rondón, dirigir unas palabras de homenaje al Libertador, como parte integral de las actividades del día central, doce de octubre de 2022.

La tarea se enmarca dentro de una tradición venezolana que señala que, dentro de los protocolos de una actividad de esta naturaleza, es necesario, además de dar gracias a Dios a través de una Misa o de la realización de un *Te Deum*, hacer presencia en la Plaza Mayor y rendir, ante la efigie del Libertador, un homenaje de reconocimiento a quien lideró los eventos que determinaron la independencia y la construcción de la identidad republicana en Venezuela y en el eje Andino.

Es importante reiterar que la construcción de la venezolanidad no fue, como sucedió en otras naciones, un proceso puntual o cuasi-estático de acciones cortoplacistas, que involucraron gestas civiles o militares muy delimitadas. En el caso venezolano ocupó casi veinte años, la mitad de los cuales involucró una larga, feroz y sangrienta guerra que mermó gravemente la población y las infraestructuras del país, y la otra mitad del tiempo contabilizó un conjunto de encuentros y desencuentros políticos, largas discusiones acerca de las bases jurídicas y filosóficas de un país fundado en verdaderos ideales de progreso que pululaban en la mente de muchos hombres responsables y líderes de la época encabezados por la gran personalidad del libertador Simón Bolívar, al que se sumaba un conjunto de próceres civiles y militares producto de la diversidad geográfica y étnica representada en las comunidades que iban desde el alto Perú, hasta las tierras bañadas por el Orinoco, y pasando por las especificidades

multiculturales representadas en las sociedades limeña, quiteña, bogotana y caraqueña.

Luego, hacer un homenaje al personaje central de las sagas libertarias, el “prócer mayor”, Bolívar el libertador, ha significado una tarea compleja, pues entendí que la solicitud consistía en hacer, no un homenaje tradicional que siguiera el guion que todos conocemos prácticamente de memoria, sino adelantar una reflexión válida para la Academia de Mérida, en virtud de su esencia y significaciones dentro de su naturaleza como espacio donde cabe hacer una breve anamnesis del espíritu impulsor que llevó a una generación de hombres y mujeres a seguir a Simón Bolívar en ese largo proceso que finalmente terminó por dar a luz a la Venezuela republicana.

Ante este escenario, decidí plantearme una pregunta y tratar de esbozar, no una respuesta, sino aproximación *‘per via brevissima’*, una pregunta que nació en el corazón de los testigos del proceso emancipador, y es precisamente: ¿Qué significa emanciparse?

LA CUESTION CONCEPTUAL

En 1810, una generación de hombres y mujeres se enfrentaban ante una encrucijada, seguir la tradición o hacer una “ilustrada ruptura”, y digo ilustrada ruptura porque el pensamiento de la Ilustración iluminaba los círculos intelectuales y políticos de la época que fueron testigos de la aparición del corso coronado de laureles, Napoleón Bonaparte, que con su espada rompió a estocadas el mapa de Europa y, como consecuencia, afectó a toda la América hispánica. Los virreinos y las capitanías generales americanas no eran figuras hieráticas ajenas al conflicto europeo, estos pueblos del Nuevo Mundo bullían en discusiones no solo de cuestiones principistas o existenciales, sino de debates filosóficos y de altura académica, porque era una sociedad que se había preparado en los colegios y universidades que fundó la Iglesia Católica con el apoyo y autorización de la Corona. Adicionalmente, los ayuntamientos eran instancias políticas muy activas donde se producían discusiones acerca de lo sagrado y lo profano, de lo particular y lo general, y por tanto le daban un dinamismo particular a las colonias



americanas. Pero, en la primera década del siglo XVIII, estos ayuntamientos habían decidido hacer algo inédito pero necesario, elevar su voz ante los planes napoleónicos. En 1810, como parte del imperio español, los ayuntamientos apostaron por hacer un reclamo a favor de la Casa de Borbón y defender la tradición, pero, muy rápidamente, los ediles y regidores se dieron cuenta que, habiendo pasado tres siglos de unión con la metrópoli, ya existía suficiente madurez como para intentar un proyecto propio de identidad y ciudadanía, y hacerlo de manera independiente a través de una “ruptura ilustrada”. No podemos más que imaginar lo que pasaba por las mentes de aquellos hombres que habían leído y entendían el pensamiento de Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Kant, pero también conocían la obra de Galileo, Bacon, Descartes, Spinoza, Hobbes, Newton, Leibniz, entre otros muchos pensadores, filósofos o científicos cuya obra le dio otra perspectiva a los americanos inconformistas. Y digo americanos inconformistas¹ porque la generación que fue testigo del cambio de siglo entre el 1700 y el 1800 no tenía los mismos deseos, aspiraciones o intereses de aquellos que habían iniciado las tareas de conquista o emprendido la fundación y consolidación de ciudades, haciendas, empresas y perseguían mitos como el de ‘El Dorado’ o el ‘Reino del Preste Juan’, en su caso, las inquietudes de estos americanos inconformistas no eran exclusivamente de subsistencia o de carácter económico, era otro tipo de inquietudes. Estos americanos inconformistas querían otras cosas, deseaban más derechos políticos que los que ejercían a través de los ayuntamientos o del Consejo de Indias, tenían preocupaciones existencialistas. Los americanos inconformistas no querían dádivas de Madrid, querían autodeterminación, y entre estos hombres estaba un joven Simón Bolívar que había recorrido Europa, conociendo las formas de pensar de la Ilustración, las nuevas formas de entender la ciudadanía, a partir de una puerta que abrieron las

¹ *Inconformista positivo y creativo, y no en el sentido de reaccionario o anarquista, como aquel que vandaliza bienes públicos o quema iglesias, a fin de manifestar su deseo de imponer el seguimiento de un caudillo o líder o una ideología. En este caso ser inconformista positivo y creativo evoca a aquella persona que, habiendo entendido lo que está mal y afecta el bienestar en lo individual y lo colectivo, decide objetar y expresar su desacuerdo de manera constructiva, a través de un mecanismo de reacción creativo compuesto de acciones positivas para el conjunto de la sociedad.*

revoluciones estadounidense y francesa, un espíritu que ahora se extendía hasta las monarquías más tradicionales de Europa.

Pero entre los americanos inconformistas no solo se encontraban los blancos criollos o peninsulares que tenía las posibilidades de una educación formal, eran también los otros estamentos de la población: indígenas, afroamericanos y mestizos, muchos de ellos también educados y formados no solo en lo religioso sino en lo cultural, y que ahora se veían como parte de un grupo diverso.

Ese era el escenario de la primera década del siglo XVIII en tierras hispanoamericanas, un conjunto humano que estaba en ebullición, y solo hacía falta una pequeña fuerza que le diera impulso a la ruptura, y vino de la propia madre patria bajo la forma de las abdicaciones de Bayona, la coronación de José I Bonaparte y las Cortes de Cádiz.

Y la ruptura se produjo, casi instantánea, en cuestión de meses entre 1810 y 1811, y se extendió por todas partes como el fuego que arrasa las llanuras en verano. Y el rumor republicano se extendía en una sola palabra, y esa palabra era “emancipación”. Pero, ¿qué es emancipación?

El concepto tiene un dilatado recorrido histórico y, tanto Cabanellas de Torres como Ferrater Mora lo consideran un sinónimo de liberación con un evidente origen que se remonta al derecho romano y se refiere específicamente al instante en que el hijo abandona la autoridad paterna, alcanzando la cualidad jurídica y la autonomía para dirigir sus propios asuntos. El término emancipar ha conservado a través del tiempo su carácter doméstico e individual, pero será el siglo XVIII y la influencia de la Revolución Francesa y la Ilustración la que le otorga un nuevo significado en el orden político, en referencia a un proceso de liberación colectiva de los pueblos que se libran de la dominación ejercida por otros grupos sociales o políticos. Si deseamos hilar más fino, desde un punto filosófico, el célebre *sapere aude*, es decir, ese ‘atrévete a pensar’ que Kant utilizó en su ensayo sobre ¿qué es la Ilustración? De 1784, es una declaración de ‘autonomía’ y, en consecuencia, se puede interpretar (aunque Kant no utilizó estrictamente el término) como un llamado a ‘emanciparse’ de ese nudo gordiano en que terminan convertidos los

prejuicios y las posiciones dogmáticas, y por tanto es una invitación a deslastrarse de toda imposición arbitraria en el ámbito filosófico y por extensión en el campo político. El *sapere aude* kantiano implica un ‘atreverse’ a tomar una decisión con plena autonomía, lo que necesariamente implica rebelarse contra lo establecido, ya sea en lo simbólico o en lo material, y esto encaja perfectamente con el sentido de emanciparse. Luego, para los hijos de la Ilustración, emanciparse llegaría a ser la objetivación del ejercicio de un derecho natural, y por lo tanto no sería en más una condición recibida de otros, sino algo inmanente a los seres humanos con estatus de presupuesto ontológico.

En este orden de ideas, es menester señalar que ese anhelo emancipador, ese atreverse a rebelarse en contra del régimen establecido en el Nuevo Mundo, había surgido anterior al siglo XVIII bajo la forma de pequeños movimientos civiles que, con la excepción de la Revolución de las Trece Colonias de 1776, en su mayoría fracasaron, pero ahora era tan indetenible como la fuerza de la máquina de vapor, que alimentaba otra revolución, la Revolución Industrial. Los americanos inconformistas no solo querían más derechos, era claro que había llegado el momento para que las antiguas estructuras monárquicas se hicieran a un lado, ya no había cabida para la tutela o subordinación ni para la dependencia umbilical del monarca, y dos hechos evidenciaban esta hipótesis libertaria, por una lado Bonaparte había demostrado que las monarquías no eran inmutables, por el contrario eran frágiles y reactivas y, por otro lado, la Revolución estadounidense había puesto de manifiesto que las repúblicas civiles eran un proyecto no solo viable sino sostenible en el tiempo.

Y Miranda así lo entendía, y Bolívar también, y todas las mentes lúcidas que firmaron el acta de la independencia de Venezuela así lo convinieron, encabezadas por Rodríguez, por Mendoza y Rossio, Isnardi, el Marqués del Toro, Mons. de Unda y García y el Pbro. Fernández Peña, y los restantes treinta y tres miembros de aquel Congreso Constituyente o como prefiero llamarlo: “asamblea de los cuarenta”, a los que podemos llamar “padres fundadores”.

Eso, entre otras cosas, era emanciparse.

APROXIMACIÓN SISTEMÁTICA A UNA RESPUESTA

Lo que ocurrió en América dejaba en claro que emanciparse era un camino que debía ser andado, no se trataba de aspirar, convenir y desear que las cosas cambiaran, había que concretizar la emancipación con acciones en lo específico (micro) y en lo general (macro), en el entendido que los venezolanos ya habían llegado a la mayoría de edad como nación y podían dar el paso hacia la construcción de una república que le diera sentido a un país llamado Confederación Americana de Venezuela.

Ahora bien, el proceso emancipador no ocurre sin traspies, el paso determinante se había dado con la firma del acta de independencia y con la primera constitución, pero el parto solo había comenzado, y el parto fue cruento, tanto como la sangre derramada en los casi diez años de guerra. Y la emancipación reclamaba un compromiso total, y requería de líderes, y allí estaba Bolívar, no el “divino Bolívar” como el título de la obra de Pino Iturrieta, sino un hombre como los demás, pero dotado de talentos, que supo convertirse en la cabeza visible del movimiento emancipador, y asumir que debía ocurrir la “ruptura ilustrada” con el viejo yo monárquico y dar paso a un nuevo yo republicano. Y sus talentos le permitieron ganar con acierto las batallas decisivas y tomar las decisiones que una guerra de esta naturaleza exige. Pero la emancipación requería de la concurrencia de todos, blancos, mestizos, indígenas, afroamericanos. Quizá no todos entendían con claridad de que se trataba esa cosa de emancipar, pues no era simplemente sustituir un rey por otro, era más que eso, se trataba del compromiso con unos ideales y la búsqueda de un algo que era intangible, pero que los agrupaba y le hacía ver que valía la pena luchar unidos por ello, se trataba de la ciudadanía.

Por otra parte, la emancipación era también intelectual, había que aglutinar a las mentes más preclaras, redactar documentos y reunirlos en congreso. En consecuencia, Bolívar debía dejar su uniforme y vestirse de civil para conversar entre sus iguales, porque el debate de ideas comenzaba por reconocer al otro

como su igual, como sujeto de deberes y derechos y con la misma dignidad humana.

Emancipar era, y es todo eso, y mucho más.

Señores académicos, quisiera que hoy en la Academia de Mérida, al celebrar los treinta años de fundación de esta distinguida corporación, rindamos homenaje al Bolívar vestido de civil, y no porque con uniforme pueda tener una connotación menor o mayor, sino porque es necesario reconocer a Bolívar, como un hombre de pensamiento humanista, un intelectual y el artífice del proyecto de república humanista de consensos que termino por dar origen no a uno, sino a cinco países. Por eso es un motivo de alegría que, en la ciudad de Mérida, la misma que en 1813 coronó las sienes de Bolívar con un título que ni Julio César recibió de la República romana, el título de Libertador, se encuentre ubicada una escultura de Bolívar de civil, obra original en bronce del notable escultor Manuel de la Fuente², el cual se ubica en la sede de esta Academia de Mérida, en la Casa de Los Antiguos Gobernadores y, así mismo, se encuentran dos emblemáticos retratos de Bolívar vestido de civil, el primero, el de Tito Salas, que preside el Aula Magna de la Universidad de Los Andes, el segundo, la pintura del entonces presbítero José Humberto Quintero, quien sería el primer Cardenal de Venezuela, y que preside el Paraninfo de la ULA. En los dos salones más emblemáticos de la Mérida universitaria miramos a ese Simón Bolívar que se despojaba de las ataduras del mando militar para mirar y pensar como un ciudadano más, como un venezolano que junto a tantos otros hombres dejaron todo por hacer realidad el proyecto de república humanista que comenzó en 1811, y que contó con un “padre de la patria” y unos “padres fundadores”.

No puedo dejar de aprovechar la oportunidad para expresar mis parabienes a la Academia de Mérida, que ha conseguido mantenerse presente a pesar de las adversidades, en un país lleno de proyectos que arrancan con mucha fuerza, pero

² Manuel de la Fuente fue fundador de la Academia de Mérida y ocupó el Sillón N.º 1 de esta corporación.



que rápidamente pierden vigencia y casi por selección natural, desaparecen. No es el caso de la Academia de Mérida, ella ha conseguido una permanencia desde que el 12 de octubre de 1992 se produjeron los actos fundacionales, y la razón se encuentra en que los hombres y mujeres que la integran le dan sentido, no es el sitio o el área física, es el espacio que los académicos le dan en sus mentes y en sus corazones al proyecto de la Academia de Mérida el que le da vigencia en el tiempo, y le permite ocupar un lugar en el alma de los merideños y los universitarios. Con el empeño de los miembros de esta corporación por mantener vivos los ideales de la Academia de Mérida se podrán alcanzar la continuidad y el crecimiento del proyecto original que le da a la institución el sitio privilegiado para el debate de ideas, la búsqueda de soluciones y la divulgación de la ciencia, la tecnología, las humanidades y las artes, en beneficio de la sociedad merideña y venezolana.

[Señoras, Señores]